

turaléza de las dificultades que aquel presentaba, y aun nos convencimos mas y mas de la realidad de aquellas que solo habiamos podido juzgar desde lejos. La toma de la obra avanzada no nos hubiera asegurado la conquista del reducto, y todo el arte de los ataques, como todo el valor de las tropas hubieran podido estrellarse aun: tal vez este sitio difícil, sin la batalla de Sagunto, no se hubiera terminado de otro modo, que ó por la fatiga ó enfermedades de la guarnición, ó por la falta de víveres. Mas prudente que Henrique O-Donell en Margalef, Blake se habia puesto en movimiento para socorrer la plaza, cuando ya los trabajos del sitio estaban harto adelantados, y habia comprometido á su contrario á maniobrar en un campo de batalla nada ventajoso. La fortuna le fue contraria; pero quedó aun en estado y en posicion de poder defender Valencia con un ejército harto numeroso, bien que debilitado con la pérdida reciente de algunos miles de hombres, y sobre todo, por la del castillo de Sagunto, que llegó á ser un excelente punto de apoyo para el ejército frances.

---

## CAPITULO XV.

( 1811. ) I. Estado del Aragon y de la baja Cataluña, durante el sitio de Sagunto. — II. El ejército no es bastante numeroso para un sitio como el de Valencia. — III. El ejército se establece á la orilla izquierda del Guadalaviar. — IV. Posicion del ejército de Blake sobre la orilla derecha. — V. Estado de defensa de Valencia. — VI. Combates diversos en las provincias de Aragon y de Cataluña. — VII. Envíanse refuerzos á nuestro ejército. — VIII. El general Reille llega con dos divisiones á Segorbe. — IX. Paso del Guadalaviar. — X. Batalla y embestidura de la plaza. — XI. Sitio de Valencia. — XII. Abrese la trinchera. — XIII. Establécense las baterías. — XIV. Ocupacion del campamento atrincherado. — XV. Capitulacion de la ciudad. — XVI. Entrada de los Franceses. — XVII. Llega el general Moutbrun á Almansa. — XVIII. Se acerca á Alicante, y vuelve á marchar. — XIX. El mariscal Suchet recibe el título de Duque de Albufera.

I. Otro de los motivos mas poderosos que habian decidido al mariscal á activar las operaciones delante de Sagunto, era la inquietud y el recelo que le inspiraban el estado y sucesos del Aragon. Se felicitaba de poder ver á Villacampa en línea en el ejército de Blake, sin tener ya que temer sus correrías á su espalda y retaguardia; pero el brigadier Duran y don Juan

Diaz, dicho el *Empecinado*, habian reemplazado á aquel activo partidario en la frontera de Castilla, y Mina se hacia mas temible de dia en dia en la Navarra y alto Aragon. Hasta en la baja Cataluña, en que habiamos dejado la division Frére toda entera, los Franceses no tardaron en verse reducidos á una defensiva tímida y nada vigorosa. Esta division, en medio de las plazas de guerra de Tarragona, Tortosa, San Felipe de Balaguer y Lérida, y tantos otros puestos fortificados, como el Mont-Serrat, Cervera, Belpuig y Mont-Blanc, no se ocupaba casi en otro que en correr sin cesar las llanuras del Urgel, á fin de asegurar el recaudo de las contribuciones y el acopio de provisiones no menos que necesitaban aquellas plazas y puestos. Esta dislocacion de fuerzas proporcionó al enemigo la ocasion de ganar algun mas terreno, y nuestra division se vió forzada á abandonar Cervera, Belpuig y el Mont-Serrat. El gobernador de Lérida se ciñó y esmeró con un muy particular estudio en impedir, en cuanto le fue posible, que las partidas españolas se acercasen al Priorato ó á la orilla izquierda del Ebro, é hizo todos sus esfuerzos á fin de proteger el acarreo de granos por agua desde Mequinenza á Tortosa. El gefe de batallon Bardout hubo de sufrir un combate cerca de Ribaroya, el 3 de octubre, con motivo del paso de diez y siete barcos, del

cual salió con honor, gracias al socorro que le trajo en persona el capitán polaco Plater, comandante del bajo Ebro. Pero era de recelar y temer, que el general Lacy que parecia desplegar una grande actividad en la reorganizacion del ejército catalán, no viniese á apoderarse y á privarnos completamente del recurso de la navegacion por el rio. El mariscal, ocupado delante de Sagunto, no podia enviar destacamento alguno para defender sus convoyes, y el ejército de Cataluña, concentrado hácia Gerona, estaba sobrado lejos para poder procurar al general Frére refuerzo alguno ó un punto de apoyo.

Ni era tampoco mas satisfactorio el estado del Aragon. Nos habiamos lisongeadó, pero en vano, que la toma de *Pesoduro* contribuiría á mantener, por algun tiempo al menos, la tranquilidad de las Cinco-Villas. Era aquel un gefe de banda de los mas emprendedores y crueles de la orilla izquierda del Ebro, á quien sorprendió en Biota el teniente de gendarmes Foison, bajo la direccion del coronel Plicque: la destruccion de su tropa habia puesto un fin á los crímenes con que aquellos salteadores tenian aterrorizado el pais. Pero en esta misma época habia llegado Mina á organizarse un cuerpo numeroso y aguerrido, capaz de sortear y de tener embarazada una division toda entera. Veíasele aparecer tan presto sobre la derecha, como sobre la izquierda del

Ebro, y reunido ó dividido, nos amenazaba sin cesar, y era siempre peligroso por su actividad. Pero la Navarra que le servia de base de operaciones, era, por decirlo asi, el pais menos expuesto á sus correrías é insultos. La seguridad de esta provincia consistia toda entera en la posesion de la capital, grande y fuerte plaza que nosotros ocupábamos desde el principio de la guerra. El general Reille tenia allí bajo sus órdenes, ademas de una division francesa, la segunda italiana, mandada por el general Severoli: y el general Mina, no menos prudente que activo, llevaba y hacia sentir allá á lo lejos la fuerza de sus armas, es decir, en las provincias de Alava ó la Rioja, ó en la Castilla y en el Aragon. Duran y el Empeñado, que habian reunido cerca de cinco mil hombres y ochocientos caballos en las cercanías de Soria, se acercaron á Calatayud, poco tiempo despues de haber salido á la expedicion de Valencia el mariscal Suchet. El general Musnier que mandaba el Aragon, se encontraba en Zaragoza, es decir, en medio de muchas plazas ó puestos fortificados y guarnecidos suficientemente para poder defenderse, pero sin fuerzas disponibles á la mano para poder dirigirse al socorro de un punto cualquiera, amenazado sériamente. Con la division Severoli habian venido de Italia tres batallones, que pertenecian á la division Palombini, y que se habian

destinado para reforzarla esta. Estos batallones habian llegado al Aragon el 13 de setiembre; pero no pasaron á reunirse inmediatamente á sus cuerpos, y se los colocó y apostó en los puntos en que parecian ser mas necesarias las tropas. Envióse uno de ellos á Calatayud, con el objeto de reforzar la débil guarnicion que ocupaba allí el convento de la Merced, á las órdenes del comandante frances Muller. Habíanse hecho cuantas disposiciones defensivas permitia el local, cuando los Españoles se presentaron el 29 de setiembre. Su vanguardia se habia dirigido al mismo tiempo hácia Epila y Almunia, y á la garganta ó desfiladero del Frasnó; privado así el puesto de Calatayud de todo socorro, fue vivamente atacado por Duran. Despues de haber intimado inútilmente la rendicion, este gefe dispuso colocar en batería algunas pequeñas piezas de campaña que conducia consigo, y viendo el ningun efecto que producian, trató de minar uno de los ángulos de la iglesia del convento. El gefe de batallon Favalelli defendia la iglesia, á la cabeza de ciento y cincuenta Italianos, decididos y valientes, que se atrincheraron, comenzaron una contra-mina y rechazaron á los Españoles, el 3 de octubre, despues de una primera explosion. Al día siguiente el enemigo abrió una nueva y ancha brecha, y nos mató un gran número de nuestros defensores; y atemo-

rizados el resto de la guarnicion, capitularon y se rindieron. Este resultado fue hijo tambien de una sensible desavenencia, y no hay duda que hubiera podido evitarse con un poco mas de perseverancia.

Sin perder un minuto de tiempo, el general Musnier, sabida la noticia de dicho ataque, habia dirigido hácia Calatayud como unos mil hombres, recogidos de entre las diferentes guarniciones de la orilla derecha; pero esta columna se encontró sobrado débil para poder intentar el pasar á la fuerza por el peligroso desfiladero ó garganta del Frasno, y se vió forzada á retrogradar. Habia solicitado al mismo tiempo del general Reille los mas prontos y eficaces socorros, y llamado cerca de sí cuantos refuerzos podia facilitar la orilla izquierda del rio, con el objeto de formar una segunda columna de auxilio, la cual llegó por fin á Calatayud, gracias al movimiento del general Bourke que el general Reille destacó al primer aviso, y que venia marchando por la izquierda del Xalon. Nuestras fuerzas reunidas entraron en Calatayud, el 5 de octubre, pero no encontraron allí ya ni al enemigo ni la guarnicion, que aquel se habia llevado consigo prisionera de guerra, á excepcion de los oficiales que fueron sometidos á un consejo de guerra, por haber separado su suerte de la de sus soldados. El general Bourke no tardó

en volverse á Navarra, y como nuestra columna regresó á Almunia, el enemigo ocupó de nuevo Calatayud. Hacia ya mucho tiempo que el mariscal habia previsto cuan peligroso y arriesgado fuera el dejar el Aragon sin fuerzas suficientes que pudiesen defenderle: habia con tiempo reclamado que se le enviasen refuerzos, y recibió por último el aviso que iba á ponerse á su disposicion la division Severoli, compuesta de siete mil infantes y seiscientos caballos, que llegaron en efecto á Zaragoza el 9 de octubre. El general Musnier la condujo al momento á Calatayud, á donde llegó el 12. El enemigo se retiró, y fue perseguido en dos direcciones, á saber, hácia Molina y hácia Medina-Cœli. Destacóse la brigada Mazzucheli á Daroca y Uzed, mientras que el resto de la division se dirigia hácia Ateca, en el camino real de Madrid.

Y este fue precisamente el momento que Mina hubo de escoger, con su acostumbrada destreza y actividad, para adelantarse por la orilla izquierda de Ebro hasta casi las puertas de Zaragoza, aprovechando y utilizando la ventaja de una de aquellas ocasiones que tenia el arte, ó ya de esperar, ó ya de hacer nacer. Presentóse, pues, en las Cinco-Villas, al frente de tres mil infantes y trescientos caballos, y atacó el destacamento de gendarmería que formaba la guarnicion de Exea. Dicho destacamento se defendió

dos días con gran valor, al cabo de los cuales logró salvarse, durante la noche, rompiendo al través de la línea que le tenia cercado, y llegó á Zaragoza: Mina le hizo perseguir hasta las Pedrosas. Su verdadera intencion era el alamar la capital del Aragon, lo que en efecto logró completamente. Mas por esta parte, todo lo que él podia osar emprender, se reducía á una simple demostracion ó amago; desde aqui se dirigió al punto hácia Ayerbe y Huesca, cuyos puestos fortificados embistió, y nos interceptó la comunicacion con Francia por Jaca. El comandante de Zaragoza, en ausencia del general Musnier, no concibiendo una justa idea de lo grande é inminente del peligro, tomó imprudentemente unas medidas harto insuficientes para repelerle. Hizo partir un batallon del 7.<sup>o</sup> de línea italiano, con una compañía de volteadores del 2.<sup>o</sup> y cincuenta cazadores de caballería, con direccion á Exea, y para socorrer dicho punto. El oficial que mandaba este batallon, Ceccopieri, encontró el 15 de octubre, cerca de Zuera, la pequeña guarnicion de Exea, que habia logrado zafarse de entre las manos de Mina. Desde este punto se dirigió hácia Ayerbe, á fin de restablecer las comunicaciones, y alli encontró todas las fuerzas del enemigo reunidas, lo que le constituyó y empeñó en una bien difícil posicion. Y no pudiendo atacar, ni evitar el ser

atacado él mismo, formó con su tropa el cuadro, dirigiéndose todos bien unidos y en buen orden hácia Huesca, con la esperanza de poder llegar hasta dicha ciudad distante cuatro leguas, y defenderse alli mejor que en campo rasó. Pero el batallon fue cercado por todas partes en su marcha, y perseguido y hostigado sin darle un momento de reposo, hasta que abrumado por el excesivo número de los enemigos, habiendo perdido ya su gefe y muchos oficiales, y sembrando á cada paso el camino con sus muertos y heridos, se vió forzado á rendir las armas, á dos leguas de Huesca, el 17 de octubre, como á las tres de la tarde.

El general Musnier habia regresado volando á Zaragoza al saber la correría de Mina, y enviado para sostener y socorrer el batallon italiano cuantas fuerzas tuviera al momento disponibles. Por su parte, el general Reille habia destacado tambien cuatrocientos caballos desde Navarra hácia Exea. Pero todos estos socorros llegaron sobrado tarde, y no pudieron impedir una tan funesta catástrofe. En medio de las columnas que le amenazaban, supo Mina evitar todas nuestras combinaciones y movimientos por la habilidad y presteza de los suyos propios, y capitaneando su tropa al través de las Cinco-Villas y de la Navarra, condujo nuestros prisioneros hasta la Biscaya, en donde los hizo embarcar con direccion á la Coruña.

Todas estas noticias funestas relativas al Aragón hubo de saberlas el mariscal, en el momento mismo en que debía de luchar, delante de Sagunto, con mucho mas graves dificultades, que no solo retardaban su expedicion contra Valencia, sí que hacian aun muy dudoso el desenlace y éxito final de su empresa. Hubiera sin duda querido llamar á su campo y cerca de sí la division Severoli; pero se vió precisado á dejarla en el Aragón, á la disposicion del general Musnier, quien la estableció y apostó en una y otra orilla del Ebro. La brigada Bertoletti pasó á las Cinco-Villas, y restableció la comunicacion de Zaragoza á Francia, por Jaca, y la del general Mazzucheli marchó hácia Calatayud y Daroca, con el encargo de no dejar acercar al enemigo. En el fuerte de Molina teniamos una pequeña guarnicion, que fue sitiada desde el 14 de octubre hasta el 24, y á cuyo frente se hallabá el capitán Brochet del 44, que habia opuesto la mas heróica y decidida resistencia, contando justamente con que seria socorrido. En efecto, el general Mazzucheli se puso al momento en marcha para ir á libertarle, bien que antes de llegar á dicho punto, tuvo que combatir con todas las fuerzas reunidas del Empecinado, en Cubillejo de la Sierra. Allí encontró cinco mil hombres en posicion, que le cerraban todo paso; pero los atacó, los arrolló y los forzó á huir. El

primero de línea italiano y los cazadores reales dieron muestras en la accion del mas distinguido valor: los gefes de batallon Sala y Dolder, y muchos otros valientes murieron en el campo de batalla. El general Mazzucheli llegó á Molina el 25 de octubre y libertó la guarnicion asediada, y creyendo que dicho fuerte no merecia ser conservado, le hizo volar, y se trajo consigo el destacamento con su capitán Brochet.

II. Durante el sitio de Sagunto, el mariscal habia representado enérgicamente al mayor general la alta necesidad en que se veía de prontos y efectivos refuerzos, no solo ya para proteger el pais á su espalda, sí que para llevar á cabo la tan difícil operacion en la que estaba ya empeñado. Y despues de la victoria de Sagunto, aun insistió de nuevo, y con mucha mas fuerza, haciendo conocer cuan ventajoso seria el aprovechar los momentos para atacar Valencia, y pidiendo que se pusiesen á su disposicion los medios oportunos al intento. Sus representaciones fueron justamente apreciadas y acogidas; pero el efecto de ellas no se hizo sentir y se prolongó hasta el mes de diciembre. El general Reille solo habia recibido la orden de apoyar la division Severoli en el Aragón, ó de estar preparado para el caso. El general Decaen acababa de reemplazar en el mando del ejército de Cataluña al mariscal Macdonald, y se veía detenido

y embarazado en la alta Cataluña, porque el acarreo de las provisiones á Barcelona era una necesidad como perene, y que se renovaba á cada paso.

III. Y sin embargo, y mientras esperaba le llegasen los refuerzos que con tan vivas ansias solicitaba, el mariscal no podia perder su tiempo en la inaccion. Dueño ya de Sagunto, quiso establecerse en presencia misma de Blake, y amenazar algo de mas cerca á Valencia. Dió, pues, la orden al general Harispe de adelantarse y de hacer un fuerte reconocimiento con toda su division, con el objeto de cerciorarse sobre cuales eran las posiciones que en la actualidad ocupaba el ejército vencido, encargándole al mismo tiempo el hacer una intimacion á los habitantes, no ya con la esperanza de que estos aceptasen una capitulacion, sino para juzgar mejor y poder apreciar el grado de entusiasmo que la poblacion conservase aun, y proporcionarse un medio de poder renovar algun dia y mas tarde estas mismas proposiciones con alguna mas autoridad. Porque el mariscal, al presentarse á la vista de una ciudad tan populosa, opulenta é industriosa, estaba muy lejos de pensar en hacer uso solo de los medios de destruccion que la guerra ofrece, para apoderarse de ella. El interés mismo de su ejército le inspiraba la necesidad de obrar con una cierta dulzura y con-

sideracion, porque los recursos y medios del rico pais de Valencia estaban y se veían concentrados, en gran parte, en la capital. La intimacion no produjo efecto alguno; pero á pesar de la exaltacion á que hubo de librarse dicha Capital, no se preparó sin embargo á una defensa como la de Zaragoza. Con respecto al ejército acampado al rededor de sus murallas, se disponia y se ponía en estado de disputarnos la conquista: fuerza nos era aun el recurrir á una batalla y á un sitio, circunstancia que exigia por nuestra parte una considerable reunion de fuerzas. En los primeros dias del mes de noviembre, no solo no habia recibido refuerzo alguno el ejército, si que se hallaba con una baja de dos mil hombres, los mismos que se habian destacado para escoltar los prisioneros del 25. Sin embargo, el mariscal hizo adelantar las divisiones que desde el 26 de octubre ocupaban Liria, Bétera, Alvalate y el Puig, y el 3 de noviembre el general Harispe se estableció en Paterna. La division Habert se apoderó del arrabal de Serranos, y con su izquierda ocupó el grao ó puerto de Valencia. La brigada de reserva, la division Palombini y la caballería se acantonaron en segunda línea.

Por la simple inspeccion de las localidades se echará de ver, que los dos ejércitos estaban bien próximos y como en vista el uno del otro. La

ciudad y los campamentos enemigos bordaban la orilla derecha del rio, y solo nos nos separaba el cauce ó madre de este. El enemigo habia cortado dos de los cinco puentes de piedra que le atraviesan ; pero conservaba por delante de ellos y en la orilla izquierda algunas casas del arrabal y los conventos de San Pio Quinto y de Santa Clara. En los otros tres puentes se habian construido algunas obras que los ponian al abrigo de un golpe de mano ó sorpresa, y que podian servir de desembocadero ó salida contra nosotros. Nuestra posicion, á derecha é izquierda, se extendia como unas dos leguas, y las tropas que la ocupaban eran harto poco numerosas y se encontraban sobrado distantes entre sí, para poder hacer frente por todas partes. El mariscal, pues, se decidió á fortificar su línea con algunas obras defensivas, no ya solo con el objeto de resistir y de oponerse á las salidas de la guarnicion, sino con el de poder abandonar á un pequeño cuerpo de tropas toda la orilla izquierda del Guadalaviar, cuando llegase el momento de haber de obrar ofensivamente sobre la orilla derecha, con el grueso de su ejército. Atacóse, pues, á los Españoles que ocupaban aun algunas casas en el arrabal de Serranos, y que defendieron y disputaron el terreno palmo á palmo. A poca distancia del anden del rio, encontramos enteramente de-

molido un antiguo palacio, nombrado el Real, que nosotros habiamos visto y ocupado el año 1810; pero el convento de Santa Clara, edificio elevado que dominaba y enseñoreaba todas las calles vecinas, estaba ocupado por una numerosa guarnicion, que nos opuso una viva resistencia, de modo que hubimos de recorrer á la zapa y á la mina para habernos de acercar á él. Colocamos y cargamos en uno de sus ángulos dos hornillos, cuya explosion nos procuró una brecha suficiente para que nuestra tropa pudiese penetrar hasta lo interior del convento: la guarnicion se puso en salvo y atravesó el rio. Este convento fue de hoy mas otro de los apoyos de nuestra posicion; nuestros tiradores se establecieron en él; las avenidas de las calles se barrearón y cerraron, y se aspillaron y atronaron las demas casas contiguas al anden del rio, de manera á poder molestar con nuestro continuo fuego de fusilería todo cuanto se dejase ver fuera del recinto de la ciudad. Y como nuestros puestos se hallaban asi diseminados, el cañon de la plaza no nos podia hacer un gran daño: fortificamos el convento de la Esperanza, situado casi al frente del puente superior, á fin de apoyar la derecha del arrabal de Serranos: lo propio hicimos con el convento de Capuchinos, á la izquierda; y mas abajo aun, en la misma direccion y hácia el grao, construimos

en el llano tres reductos, delante de los dos puentes inferiores, rodeados de un foso con agua y ligados entre sí con los árboles y ramaje que se talaron al intento. Ejecutamos este trabajo bajo el cañon de la cabeza del puente del mar, y en vista de las líneas que bordaban la orilla derecha del Guadalaviar, entre el Lazareto y el monte Olivete.

IV. Concluida nuestra línea de contravalación en la orilla izquierda, solo nos restaba el preparar los medios de poder pasar á la derecha del rio, y de atacar á Blake en sus acampamentos. Este general, despues de la batalla de Sagunto, habia reunido su ejército en la posicion defensiva que de antemano se habia preparado sobre la orilla derecha. Los canales que se sangran del Guadalaviar para regar la extendida huerta de Valencia, formaban otras tantas líneas multiplicadas de defensa natural, tanto mas terribles, quanto á que su anchura y su profundidad hacen sobrado difícil el paso por ellos. Cerca del punto, en que saliendo de un manantial y origen comun, comienzan á ramificarse y extenderse, es decir, como á una legua y media de Valencia, se encuentra el lugar de Manises. Habíasele fortificado, como tambien el lugar de Cuarte y el convento de San Onofre, y con motivo de los atrincheramientos que se habian construido en estos tres puntos, habian llegado

á ser la cabeza de todas las obras defensivas de Valencia. La línea se extendia desde aqui, por Mislata, hasta la Capital. Mas abajo ó hácia la parte inferior de esta se habian ejecutado casi los mismos trabajos, desde el puente del mar y monte Olivete, hasta el Lazareto y embocadura del Guadalaviar. Todos estos atrincheramientos se habian guarnecido con tropa y artillería. La caballería española ocupaba Aldaya y Torrente, para cubrir la izquierda del ejército, é impedir que pudiera llegar á ser rodeado.

V. En el centro de dicha línea, la ciudad de Valencia encerraba y contenia los almacenes y las reservas, y aun estaba ella misma en un estado de defensa harto respetable. Su muralla ó recinto, casi circular, tenia una elevacion de treinta pies y diez de espesor, con un caminito en la cumbre de él, por el cual se le corre todo. Y para suplir á la falta de terraplen, por la parte interior de la muralla, se habian construido de distancia en distancia algunos sólidos andamios, y sobre los cuales se habian colocado algunas piezas en batería. Al pie de la muralla, y en una parte bien considerable del recinto se veía un foso, lleno de agua, con camino cubierto. Por el lado del arrabal de Ruzafa acababa de construirse un nuevo baluarte, y las puertas todas de la ciudad estaban cubiertas con obras de tierra, en que se habia colocado artillería. Ade-